

Vicente de Carvalho

## La vuelta del recluta<sup>(1)</sup>



A canoa, al llegar a Buracón, tocó tierra a la orilla del barranco. Serafín levantó el abollado baúl de hojalata y lo puso en la arena de la playa. Estaba de pie en la borda insegura de la canoa, la mano izquierda en el suelo y la derecha agarrada a una mata de pasto. Con un brusco envión del cuerpo saltó a la orilla.

—¡Adiós, y muchas gracias!—gritó, dirigiéndose al timone<sup>1</sup> y a los remeros.

—Hasta la vista, sargento, le respondieron.

---

(1) Vicente de Carvalho (1866-1924), miembro de la Academia Brasileña, representó en la literatura de su patria la corriente clásica, es decir, la que prolongó en el Brasil la herencia portuguesa.

Es conocido, sobre todo, como poeta lírico, de un lirismo soñador y lejano, de auténtico matiz lusitano.

«Poemas e canções» y «Rosa, rosa de amores», son sus colecciones más divulgadas.

En un libro titulado, «Páginas sueltas» (prosa y poesía), figuran algunos cuentos, donde se describen tipos y costumbres de la región de Sao Paulo, de vigoroso colorido y honda emoción dramática.

El cuento que publicamos en este número de «Atenea» pertenece a la colección citada.—M. Latorre (tradujo).

La embarcación se desprendió de la orilla. Golpearon los pesados remos.

Al quedarse solo en aquel rincón, cubierto de árboles y abierto sólo hacia el río, Serafín miró en torno cavilosamente. Era una tierra inclinada que se aplanaba en un malezal espeso, cortado por un arroyo. Bajo un cobertizo, a medio construir, cuyos postes se hundían en el agua fangosa de la orilla, dos o tres canoas descansaban en seco, sobre estibas de palma. De la masa de vegetación enana, casi virgen, se erguía el paraguas verde claro de una higuera, en cuyos gajos colgaban largos nidos de boyeros. En lo alto del barranco, solitario, un jarobí, alto y delgado, movía sus hojas amarillentas, con no sé qué actitud de desaliento y de tristeza. Entre frondosos ipés, dorados ya con sus primeras flores, graznaban irritados unos grajos.

Serafín reconocía el lugar, el estero barroso, la vieja mediagua, las canoas, la higuera, el solitario jarobí, el ipé de oro.

La entrada del camino a la playa estaba allí, abierta entre duras matas de tacuaras, en la pequeña rampla de arena suelta.

Alzó el baúl sobre los hombros. Lo conmovía este volver a ver los viejos lugares de su niñez y de su mocedad. Subió resueltamente el repecho. Cinco años hacía que estaba ausente de su tierra natal. El camino le iba narrando los detalles del día triste en que pasó por allí, medroso, recluta, las manos atadas, entre

cuatro soldados. Reconstruía mentalmente aquel trecho, rápido y violento de su pasado,

Hacia la madrugada, antes de clarear el día, llamaron a la puerta del viejo Antonio del Monte, su padrino, con quien Serafín vivía desde que, a los nueve años, una epidemia de viruelas acabó con su familia. Antonio del Monte había salido, por la noche, al mar. Serafín estaba solo en la casa. Despertó, abrió la puerta, creyendo que sería el pescador que regresaba. Y al asomarse, desperezándose aún por el sueño vivo, cuatro soldados lo sujetaron brutalmente y lo maniataron.

Pensando ahora en su terror de entonces, terror del cuartel, terror del uniforme, de la guerra, le vino una súbita vanidad de soldado aguerrido. Se retorció el bigote, satisfecho y dijo:

—Cosas de huaso.

Y volvía, de nuevo, al instante en que los militares, tres soldados y un cabo, lo maniataron y lo empujaron hacia la playa, diciéndole chanzas que él apenas oía.

De nadie pudo despedirse, salvo de algunos madrugadores que salían a las puertas de sus ranchos y le dirigían palabras de adiós, buenas y reconfortantes.

Así pasó, atontado, abatido, entre las casas que se diseminaban por el campo. Al llegar a lo alto del morro, amanecía. Un hálito de oro salía del mar hacia el amplio cielo descolorido. Todo aparecía a través de un cielo de rosada tenuidad. Ya en lo alto, escolta y prisionero se pararon. Miraban el maravilloso paisaje

tropical y él, la playa nativa, las casas y las gentes que él suponía no volver a contemplar.

Ya sabían en el poblacho la noticia de su prisión. Las gentes se apiñaban en las puertas de las casas. Lo vió, a pesar de la distancia, cuando sus ojos se agudizaban en busca de la casita blanca, entre pitangueras, en un extremo de la playa donde vivía su prometida. Distinguió a Teresa, entre sus padres y sus hermanitos. Launa le decía adiós, con un gesto de desconsuelo, agitando su pañuelo blanco. Y Serafín adivinó el rostro moreno, mojado por las lágrimas.

Le acometió el deseo de resistirse, de no salir de aquel punto, reñir con los soldados, morir antes que marchar adelante; pero el cabo, con un gesto de mando, lo empujó, diciéndole:

—Siga, compañero. Ahora, media vuelta a la derecha, hacia el Paraguay. Y ande sin molestar si no quiere que le soben el pellejo.

Las palabras duras del cabo repercutieron dolorosamente en su corazón. Comprendió que nada le restaba hacer. Teresa se quedaba ahí, perdida para siempre quizá. ¡Para siempre! Y la certidumbre repentina de que no volvería nunca, le llenó de sombras el cerebro. La angustia subió hasta su garganta en un sollozo que le apretaba, asfixiándolo casi. Y volviéndose hacia la derecha, apenado, deshecho, quedó flotando en sus ojos la silueta de Teresa que le decía adiós con su blanco pañuelito.

Y a partir desde entonces no se rebeló contra nadie,

ni contra él ni contra su destino. Callado y vencido, llegó hasta el Buracón.

Allí pudo pronunciar, lo recordaba, las primeras palabras. La canoa, donde se le conducía, se alejaba ya de la costa. En ese instante, apareció su perro al borde del barranco. Estiraba el pescuezo, levantaba la cabeza, corría desesperado de un lado al otro, olfateando un camino imaginario. Se puso a gemir y a aullar, con gemidos roncós e incompletos, entrecortados por ladridos de rabia y de rebelión. Se decidió, por fin, y se tiró al río siguiendo la estela de la canoa.

Y Serafín, a pesar de sus manos atadas, pudo levantarlo hasta la borda. Pero el cachorro, contento, sacudió sus lanas mojadas y ensució los pantalones del cabo y éste, furioso, lo cogió del pescuezo y lo arrojó de nuevo al río.

—¡Quítate, mugre! ¡Miren que recluta íbamos a llevar al cuartel!

Serafín defendió a su camarada, rogándole al cabo que le permitiera llevarlo con él.

—¿Dónde se ha visto ir a las filas con un ordenanza?, repuso el Cabo riendo.

Todos celebraron, menos Serafín que enmudeció, hundido de nuevo en su desesperanza sin consuelo.

---

Se incorporó Serafín resignadamente a la vida del cuartel y pasó después, al Batallón del Norte que, de paso por Santos, se dirigía al Paraguay.

Su burañez nativa se tornó entre sus compañeros, nortinos locuaces o campesinos serranos, aun más áspero y agresivo.

No hablaba casi. Su sensibilidad no reaccionó. Era una sola nota triste, desesperada, como esos urucungos de los negros costños, que tienen sólo una nota y un sonido. Su nostalgia lo absorbía todo.

En su lejana playa nativa su sensibilidad era el reflejo de su novia, de Teresa, semejante a uno de esos ríos que se deslizan sobre la ondulación del valle, se enroscan en el espolón de los barrancos, rómpense en las piedras, descansan en los pantanos, pero reflejan el azul del cielo en sus aguas desiguales. Y en lugar de ese sentimiento que lo acercaba a la vida, quedaba sólo una desesperanza oscura, irremediable, absoluta.

Ni siquiera las primeras balas que zumbaron en sus oídos lo hicieron vibrar, a pesar de que amenazaban su vida desde las malezas, del corazón de la noche, en un puesto avanzado del ejército. Sabía que alguna lo mataría, pero las dejaba pasar sin inmutarse. Acabar allí de una vez o un poco más adelante, no era, al fin de cuentas, la misma cosa?

Campamentos y combates, durante los cinco años que duró la guerra del Paraguay, lo encontraron lo mismo. Sólo en las luchas cuerpo a cuerpo, en las cargas a la bayoneta y en los combates con arma blanca, dejaba de batirse de un modo mecánico, a causa de la disciplina militar. La embriaguez de la sangre, lo ponía fuera de sí. Y a causa de esta temeridad irreflexi-



va, le dieron una tarde las jinetas de Sargento que él recibió, con la misma indiferencia con que habría recibido un castigo o una bala traidora.

Al finalizar la campaña, lo asaltó un día la idea nostálgica del regreso. Es verdad que la guerra era, ahora, menos intensa. Las balas eran más raras en los barrancos de Itororó o en las trincheras de Curapaití o de Curuzú.

Pero los combates no disminuían. Rápidos tiroteos, ataques repentinos entre los follajes, hacían caer como árboles tronchados, cuerpos jóvenes, pechos donde palpaba la vida, cráneos donde bullían las ideas.

A Serafín lo habían herido en varios combates, pero la muerte lo respetó. Se batió en cien batallas y la suerte le fué propicia. Pero la idea de que venir a la guerra era, a fin de cuentas, la muerte segura (había visto caer a sus compañeros a su lado), no le abandonaba. Estaba seguro de que allí, entre los troncos muertos, junto a una trinchera, encontraría su fin. La guerra se había hecho para él, como para otros, algo habitual. No terminaría nunca. Decididamente era una locura pensar en volver, cuando incesantemente, aunque con lentitud, se marchaba hacia adelante, sin variar, desde los ríos a los valles, de los valles a las cordilleras, desdobladas en la perspectiva, de sierra en sierra, de la trinchera tomada hacia otra que aparecía en el campo.

La evidencia vino a su encuentro. Vió los restos del Ejército de López, andrajoso bando de fugitivos

que apenas tenían ánimos para huir. Caían destrozados en los caminos esos combatientes bisoños, con los jirones de sus uniformes, muertos de hambre. Era el fin indudablemente.

La derrota paraguaya de Aquidabán convenció a Serafín que el regreso era ya algo seguro y el recuerdo de su amor abandonado hacía cinco años, revivió con un vigor primaveral.

---

Y ahora iba por su tierra natal, rumbo a la casa de Teresa, a punto de terminar su fatigosa jornada. En media hora, cuando más, volvería a ver a su novia, cariñosa y amada, a quien por tanto tiempo creyó perdida. Se la imaginaba como la dejó: el rostro ligeramente moreno, con un tinte rosado de yambo maduro y los negros ojos húmedos, mirándolo con amorosa ternura. Los labios rojos, entreabiertos en una sonrisa, que era el germen de un beso. Y acudían a su memoria el contorno de su cuerpo, los pechos redondos, hinchando la tiesura de la bata blanca. Le encantaba pensar en la armonía total de su cuerpo sano. Acaso estaría más alta. La dejó con quince años y la encontraba con veinte. Y quería adivinar las palabras que ella le diría en la turbación de la sorpresa, en la alegría de volver a verla. Y luego, luego, la fecha de la boda: un noviazgo breve, la bendición del cura y el resto de la



vida en la felicidad del amor, unidos para siempre, en cuerpo y alma.

Casualmente la mirada del ex soldado se había detenido en un jarobí, medio inclinado sobre el camino, cuyo tronco, ceñido por una enredadera, había subido hasta el abanico de sus hojas. La trepadora alcanzaba la copa del coquero y abierta en flor, mecía lánguidamente sus corimbos escarlatas.

Serafín se detuvo. Su mirada, dura de ordinario, se inundó de dulzura. Dejó escapar, mirando el árbol, palabras sin sentido.

—Así.



Un ruido de voces lo hizo volver a la realidad. Dos hombres disputaban, cerca, con palabras ásperas, furiosas.

Desde el punto en que estaba, no podía verlos. Era un sendero en caracol, que contorneaba el cerro. Serafín estaba en la parte superior. Los hombres disputaban abajo, ocultos por el barranco; pero oía distintamente las palabras:

—¡Canalla!; ¡Y no retiro lo que digo!, gritaba una de las voces.

—Tú serás el canalla, ladrón, respondía el otro.

—¡No repitas!

—¡Repito!

—No repitas, porque te rompo la cara!

—¡Qué vas a romper!

—No eres hombre para mí.

—Soy hombre para dos como tú.

Apresuró Serafín el paso, doblando un recodo del sendero y vió a los dos contendores. Reconoció a uno, llamado Juan Carnaro, viejo matón, pendenciero, muy conocido en el pueblo. Era un hombre grueso, con el aspecto de un toro que va a embestir. La mano apretaba la cacha del cuchillo, sujeto a la cintura. El otro, a quien Serafín no conocía, hacía frente a Carnaro, jadeante, el pecho, bajo la camisa entreabierta, relampagueantes los ojos y echando espuma por la boca rabiosa. Un remo era su arma, cuya punta apoyaba en el suelo.

Serafín soltó el baúl y corrió a separar a los contendores. Pero a un insulto del otro, el desconocido levantó el remo amenazadoramente. Carnaro no le dió tiempo. Sacó el cuchillo y con una rapidez de felino, se lo hundió en el pecho. Dió un salto hacia atrás y se perdió entre los árboles. El remo bamboleó en el aire, desprendiéndose de la mano. Esta bajó bruscamente sobre la abierta herida. El hombre se desplomó. La boca, desmesuradamente abierta, respiraba ansiosa el aire, manando espuma sanguinolenta. Los ojos se abrían en un gesto de suprema angustia. Serafín lo retuvo en sus brazos largo espacio de tiempo.

La puñalada había alcanzado el corazón, La agonía fué breve.

Serafín arrastró el cadáver, del camino barnizado de sol, a la fresca umbría, bajo la sombra de un gua-

purú, aislado entre unos arbustos. Cogió la caja con aparejos de pesca y el botador, que el desconocido abandonara en el suelo para reñir, y lo guardó juntamente con el remo, bajo una mata de guaratás.

Miraba al muerto y monologaba para sí:

—¿Quién será? ¡No conozco esa cara! Morir así, junto a su trabajo y a su rancho, pero si hubiera sido soldado como yo, habría aprendido a respirar con dos agujeros como ese.

Fué a buscar su baúl y anduvo algunos pasos. Al pasar junto al muerto, se descubrió respetuosamente.

Al reanudar su camino, iba pensando en Teresa. Se detuvo en lo alto del monte. Miró al caserío natal, blanqueando en la verdura del llano con sus paredes enjalbegadas y el tono amarillo de los techos de paja. En la playa, descansaban las canoas sobre palmas y las redes se secaban al sol, sujetas a montantes de madera. En la fuente, formada por el agua que bajaba del cerro, unas mujeres lavaban afanosamente y se veían las manchas blancas de las ropas, tendidas a secar sobre el pasto del valle.

Se restregó Serafín los ojos, deslumbrado. Le parecía despertar de un sueño pesado. Aquella era su playa. Era su vida que tornaba. Y su mirada iba, poco a poco, precisando detalles y lugares familiares, pero su mirada fijábase en la casita blanca, semi-oculta entre pitangueras, allí, al extremo de la playa, donde vivía Teresa.

---

En la falda del cerro, estaba la casa de Manuel Pedro, el principal personaje del lugar, práctico en las cosas del mar y hombre serio, que aconsejaba afectuosamente a sus convecinos, pero, ante todo, dueño de muchas redes y canoas pescadoras.

Ejercía sobre los ribereños una efectiva autoridad de jefe de tribu que la costumbre y los hombres de la aldea le reconocían espontáneamente. Apenas se presentaba un asunto de interés colectivo, su iniciativa tomaba la dirección.

Cuando Serafín se acercó a la casa, Manuel Pedro, bajo el pequeño corredor, descortezaba un palo de bacoparí para la pesca.

Serafín se acercó a él y le dijo, de pronto:

—¿Y se u Manuel no me conoce?

Movió la cabeza el anciano sin demostrar que lo conocía.

Alegre, irrumpió el otro:

—Soy Serafín.

Manuel Pedro dejó el paló en la pared, extendió la mano y dijo sencillamente:

—¡Bienvenido sea!

Y fijos sus pequeños ojos pardos en el rostro del ex soldado, habló:

—Y es cierto. Es Serafín. Y no lo había reconocido. ¡Pero quién lo había de decir! Salió de aquí muchachón y dijeron que había muerto en la guerra. Y ahora, de repente, se aparece vivo, hecho un hombre, con barba en la cara. Vamos a entrar.

Y dió el ejemplo. Serafín colocó su baúl en el suelo y siguió a Manuel Pedro. Este se le encaró, risueño:

—¡Pero cómo cambia la barba el aspecto de una persona! Siéntese, que voy a hacer preparar café.

Y desapareció en el interior, sin darle tiempo a Serafín de contarle que allí cerca estaba el cadáver de un hombre asesinado. Ansioso de comunicarlo, Serafín no se sentó. Esperó, de pie, al pescador que volvía, acompañado de un chico de diez años, cuya mirada se detuvo, con ingenua admiración, sobre el huésped.

—Siéntese, insistió Manuel Pedro. Ya llega el café. Debe estar cansado con el estirón desde el Buracón hasta aquí.

Serafín se sentó.

—Pues acabo de toparme con un hombre muerto, casi en el camino, cerca de aquí.

—¿Un hombre muerto?

—Asesinado, de una puñalada.

—¿Conoció quién era?

—No lo conozco.

—¿Quién será?, murmuró Manuel Pedro.

Y después de un momento de duda, agregó:

—Vamos a buscar el cadáver.

Y dirigiéndose al muchacho le ordenó:

—Anda donde el compadre Camilo y dile que venga, que es algo urgente.

Volvió al interior de la casa y salió luego, arrojando un trozo de vela de buque.

Camilo llegó a los pocos minutos. Y los tres fueron en busca del cadáver.

—¿Qué noticias me da de mi padrino?, preguntó Serafín.

—Se murió de fiebre hará tres años, por la cuarema, respondió Manuel Pedro.

Serafín nada dijo. Únicamente se obscureció su rostro. Después de breve silencio, volvió a preguntar:

—¿Y José Benedito?

—Está bien.

Era el padre de Teresa. Su nombre estaba a flor de labios. Iba a pronunciarlo, pero su temperamento retraído le obligó a callarse. No quiso que se diesen cuenta de la ansiedad que lo dominaba en ese instante. No deseaba que los extraños se enterasen de su secreto. Se arrepintió hasta de haber pronunciado el nombre de José Benedito, mostrando hacia éste un interés en que se traicionaba su ansia por la hija. Y guardó silencio.

Mientras subían el repecho, Manuel Pedro y Camilo interrogaban a Serafín. Serafín contestaba con frases cortas, a veces con monosílabos. Así se había formado la hurañez de su carácter, en la guerra misma. Y los pescadores no supieron de Serafín y de la guerra más que la víspera.

Llegaron al guapurú, a cuya sombra yacía el cadáver.



—¡Anselmo! exclamó Camilo al reconocer al muerto.

—Es Anselmo, confirmó Manuel Pedro. ¡Pobre! ¡Tan joven y con dos hijitos!

Y de pronto, miraba como buscando una idea que se escapaba para volver otra vez, pasó del rostro del muerto al de Serafín, y del rostro de éste al de Camilo. Camilo pareció comprender. Cuando el ex soldado se inclinaba, extendido el brazo para sacar las ramas de caraguatés, donde escondiera la caja, la red y el remo del finado, se le vió la mancha de sangre todavía fresca a lo largo de su manga. Era su ayuda al moribundo, en el instante de caer.

—Mire, compadre, dijo Camilo mostrando esa huella.

Miró el otro y dijo en voz baja:

—Ya la vi.

Extendieron el paño de la vela y colocaron encima el cadáver. Manuel Pedro y Camilo cargaron con la camilla improvisada. Serafín conducía los pertrechos del muerto.

—¿Cómo pudo encontrar al muerto, tan lejos del camino?, preguntó Manuel Pedro, deteniéndose y volviendo el rostro hacia Serafín.

Se demoró en contestar. No le interesaba ser el denunciante y por eso no había querido explicar que presenció el asesinato, desde el cerro. Sin dar más detalles, se limitó a decir que había encontrado al muerto. Y ahora, la pregunta de Manuel Pedro lo embargaba.

Los dos pescadores miraron a Serafín. Interrogaban calladamente al ex soldado. Al fin, éste explicó:

—Quise ir a la cascada, en su nacimiento. Entre el monte y a los pocos pasos, tropecé con el muerto.

Era una respuesta. Ambos la escucharon en silencio y volvieron a andar.

---

Cundió rápidamente por la playa la noticia de Serafín, vuelto a su tierra y de la muerte de un hombre, aun no identificado.

Le dieron la bienvenida a Serafín y cada uno manifestaba su asombro, su compasión, al reconocer en las facciones desfiguradas del muerto a Anselmo. Estallaban frases de indignación contra el desconocido criminal, vagas amenazas, conjeturas sobre quién sería.

El muerto fué colocado sobre un catre, cubierto por una estera, en la casa de Manuel Pedro. Varios hombres, a una señal de Manuel Pedro, se apartaron de la casa y conferenciaron en voz baja largo rato.

La mujer de Manuel Pedro se dirigió a Serafín: —Siéntese aquí. El café está calentito.

Serafín se sentó. Por la ventana abierta veía al grupo de pescadores que hablaba animadamente. Llegaba confuso, a su oído, el rumor de las palabras, pero comprendía que trataban de la muerte de Anselmo y del desconocido asesino.

—Les va a costar, pensaba, atinar que fué Juan

Carnaro. Yo no más lo vi. No ha dejado el menor rastro.

Serafín bebió tranquilamente su café, en la taza blanca, con ingenuos dibujos de color rosado.

—Gracias, doña Luisa. ¡Hasta luego, todos!

Y salió. Cuando, fuera de la puerta, se inclinaba para tomar su baúl, que había dejado en el suelo, se le aproximó Manuel Pedro, acompañado de otros dos pescadores y golpeándole en el hombro, le dijo con voz firme:

—¡Dése preso!

Serafín lo miró estupefacto. No podía creer que el pescador hablase en serio; pero tampoco le pareció propicia la ocasión para una broma.

—¿Preso yo?, preguntó entre admirado e incrédulo.

—Ud. mismo.

—¿Preso? ¿Por qué?

—Porque Ud. fué quien mató a Auselmo.

Y veinte voces apoyaron a Manuel Pedro.

—¡Seguramente que ha sido éll ¡No ha sido otro! Nadie es ciego para ver lo que salta a la vista. No lo niegue, porque nadie lo va a creer.

Todos los presentes, cuyo número aumentaba cada vez más, rodearon a Serafín. Un coro tumultuoso de imprecaciones, una granizada de frases condenatorias cayó sobre su cabeza.

—¡Miren! ¡Va a la guerra para aprender a ser asesino!

—¡Y el soldado es siempre gente mala!

—Y éste que siempre fué un zorro, un tipo de cara torcida, de mal genio.

—Apenas llegó mató a uno.

—Deben tomarlo preso.

—Deben tomarlo.

—Deben tomarlo, repitió Manuel Pedro.

Serafín se encogió de hombros, como quien cede a una fuerza superior a su voluntad.

Sin embargo, para desvanecer esa acusación o para aplacar el furor de esa gente, la de su tierra precisamente, en el instante de llegar a ella, habría bastado con dar el nombre del asesino y relatar lo que vió, pero, a su alma varonil de soldado, le repugnaba hacer el papel de delator. Era, sin embargo, su única defensa. Y se decidió, por fin

—Yo sé quien a muerto ha ese hombre. Fué . . .

Pero interrumpió su frase. Por entre los troncos de los árboles, caminando en su dirección, venía Teresa. El alma entera de Serafín se concentró en la mirada con que envolvió el rostro de la joven. Parecióle más linda que nunca en el amplio desarrollo de sus caderas, en el brillo de sus ojos negros y en la palidez que la hacía más blanca. Serafín vió en la mirada de Teresa la ternura de otros tiempos; revelándose esta vez como antes, ardiente y sumisa. Y dió un paso hacia Teresa.

Pero la joven, con un andar incierto, arrastrando sus zuecos ásperamente por el suelo, pasó cerca de él sin mirarlo, entró en la casa y fué directamente hacia

el cadáver de Anselmo. Se arrojó sobre él, bañada en llanto, lo abrazó y besó desesperadamente, exclamando varias veces, en un grito agudo:

— ¡Mi marido! ¡Mi marido!

Y las mujeres y niños que allí se habían reunido, contagiados por ese dolor, comenzaron a gemir en esta forma un coro de lamentos lúgubres. Se hablaba del triste fin de Anselmo, se recordaban sus buenas cualidades, y lamentaban el desamparo de la viuda y de sus dos hijitos pequeños.

Serafín la había seguido hasta la puerta. Con los brazos abiertos, asombrado, perplejo, lo oía todo. Sólo al cabo de unos minutos pudo salir de la semi-inconsciencia en que lo sumió la verdad aterradora. Comenzó a comprender, desalentado, que todo su sueño se desmoronaba para siempre.

Teresa, olvidada de su amor en brazos de otro, el muerto, recibiendo la hermosura que él esperaba para sí y también, la natural sospecha, tan fatalmente ayudada por las circunstancias, indicándole a él como al asesino del marido de su prometida.

De pronto, Teresa se levantó. Vuelta hacia Serafín, relampagueante de odio los ojos, alzando las manos por encima de su cabeza gritó desesperadamente:

— ¡Asesino! ¡Canalla! ¡Asesino!

Y se volvió hacia el muerto, cayó sobre él, abrazándolo y besándolo ávidamente.

Serafín bajó la cabeza y quedó inmóvil, como una estatua. Empezaba a formarse un raro estado de alma

en su interior. Se miró las manos, se las halló limpias y sintió que no estuvieran empapadas en la sangre de Anselmo. Apretó sus dientes histéricamente y con rabia lamentó haberse privado de la delicia de ser el asesino de Anselmo, de no haberse manchado las manos con la sangre de su rival, del que le robó la novia. Y que aun seguía dueño de ella en la hora de la muerte. Deshecho bajo la tierra, el odioso personaje seguiría vinculado para siempre, por los hijos, al corazón y a la vida de Teresa. Y Serafín pensaba, al ver a Teresa, abrazada al cadáver:

—Yo debí ser. Juan Carnaro se me adelantó. Hizo lo que yo debí hacer.

Y le produjo una trágica voluptuosidad la idea de que todos lo creerían el asesino de Anselmo. La perspectiva de la horca o del presidio lo atrajo con un doloroso embrujo. Y le inundó el alma una sed inagotable de sufrimiento.

Encarándose con los hombres que presenciaban mudos la escena, les dijo:

—¡Sí! ¡Yo he sido! Lo maté, porque me robó lo que más quería. Lo maté y se acabó. Si tuviese otra vida, lo volvería a matar. Llénenme donde quieran.